

**ZONA
LIBRE**

Billie Luna Galofrante

Antonio Malpica



Norma

**ZONA
LIBRE**

Billie Luna Galofrante

**ZONA
LIBRE**

Billie Luna Galofrante

Antonio Malpica

Norma

mx.edicionesnorma.com
Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile.

863.7

M35

2007 Malpica, Antonio

Billie Luna Galofrante / Antonio Malpica. –

México : Grupo Editorial Norma, 2008.

344 p. – (Zona libre)

ISBN: 978-970-09-1930-0

1. Literatura mexicana. 2. Novela juvenil.

I. t. II. Ser.

D.R. © Antonio Malpica, 2008

D.R. © Norma Ediciones S.A. de C.V.

Av. Presidente Juárez 2004

Fraccionamiento Industrial Puente de Vigas

Tlalnepantla, Estado de México 54090

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 05240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,

a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición, enero, 2008

Tercera reimpresión, agosto 2019

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Edición: Lorenza Estandía González-Luna

Diagramación: Punto 5 Diseño Gráfico

Diseño de cubierta: Punto 5 Diseño Gráfico

ISBN: 978-970-09-1930-0

Contenido

Convocatoria	11
<i>You go to my head</i>	13
<i>Trumpet blues</i>	21
<i>Birk's works</i>	31
<i>Mozambique</i>	39
<i>I should care</i>	49
<i>Take five</i>	57
<i>Salt peanuts</i>	65
<i>Minor walk</i>	75
<i>Relaxin' with Lee</i>	85
<i>Grooving high</i>	97
<i>Relaxin' with Lee (take 2)</i>	105
<i>Blues 'n' Boogie</i>	115
<i>Dizzier and dizzier</i>	125

<i>On the sunny side of the street</i>	135
<i>Bebop</i>	143
<i>52nd street Theme</i>	153
<i>52nd street Theme (take 2)</i>	161
<i>The way you look tonight</i>	171
<i>Sumphin'</i>	183
<i>Más que nada</i>	195
<i>Ol' Man Rebob</i>	203
<i>Perdido</i>	213
<i>Ow!</i>	223
<i>There is no greater love</i>	233
<i>Lover, come back to me</i>	243
<i>Oop-Pop-A-Da</i>	255
<i>Oro, incienso y mirra</i>	269
<i>I know that you know</i>	279
<i>If love is trouble</i>	295
<i>Confirmation</i>	307
<i>I'm Be Boppin' Too</i>	315
<i>Stay on it</i>	331
<i>Jazz en acordeón (notas y agradecimientos)</i>	339

Para Georgia, Transfusión y Rayuela 23

Para Laura en el Sena

Para John Birks

*La idea que tiene la gente sobre la fe
está equivocada de cabo a rabo. Todo
el mundo cree que funciona de atrás
adelante. Piensan que, en la secuencia
de los acontecimientos, primero existe el
objeto y luego nace la fe. En realidad,
es exactamente al contrario.*

Terry Pratchett.
Reaper Man

*Si el cielo es azul entonces Santa
Claus existe.*

Paradoja de Curry

Fue una gran tocada.

Dizzy Gillespie, pocos días
antes de morir.

CONVOCATORIA

Concurso de jazz organizado por el Museo Universitario del Chopo de la UNAM y la UAM Iztapalapa para grupos profesionales o no, radicados en México. Cada grupo podrá participar con una composición, no grabada en disco, con tema libre y que esté dentro del género y subgéneros del jazz: be-bop, cool, free, jazz-rock, fusión, dixieland, jazz sinfónico, etcétera. Podrán ser instrumentales o cantados, siendo obligatorio que las letras de estas últimas sean en castellano. El tiempo límite de cada intervención será de veinte minutos, tiempo en el cual el jurado, integrado por músicos y estudiosos del jazz, podrá darse cuenta de la calidad del ejecutante. El fallo del jurado será inapelable. Los premios serán tres: cuarenta mil pesos y grabación de un LP, para el primer lugar; treinta mil para el segundo y veinte mil para el tercero. Los tres primeros premios recibirán también un paquete de conciertos en planteles de la UNAM y la UAM. A todos los concursantes

se les otorgará un diploma por su participación y todas sus intervenciones serán difundidas por Radio Educación en directo, bien desde el Museo del Chopo o la Sala Nezahualcóyotl, en donde se llevará a cabo la gran final. La cuota por cada grupo es de quinientos pesos.

You go to my head

El celular no dejaba de sonar. Pero yo estaba en una situación un tanto complicada en ese momento: trepada en lo alto de una escalera apoyada en la gran jacaranda del vecino. Y ni modo de contestar en tales circunstancias. Aunque sí odié el haber programado La Marcha de *Aída* en los tonos del aparato. Me pareció un poco incómodo estar ahí, con mi traje sastre, con mis zapatos de tacón, con mi bolso de mano, con el chongo de las juntas importantes... y La Marcha de *Aída* haciéndome fondo.

–Louis, te lo suplico. Baja.

En la última rama, o al menos en la más alta, sobre la parte gruesa que afortunadamente podía sostener su cuerpo sin problema, mi hijo Louis. Con su máscara de Blue Demon.

–Louis, no me hagas esto, te lo suplico.

Había sido un día difícil. Entre varias propuestas, después de tres meses de negociaciones, al fin había decidido Django Publicidad otorgarnos el precontrato de toda la reingeniería de su *software*. Y yo había estado metida en juntas desde las nueve hasta las tres. Un sándwich de tiendita y una coca de dieta habían sido todo mi alimento desde que salí de la casa. Me la pasé tratando de diseñar el plan de trabajo para los próximos meses. Estaba, pues, a punto de volverme loca. Y regresar a casa para encontrar que tu hijo menor se subió a la parte más alta de la jacaranda del vecino no es precisamente la mejor idea de recibimiento que tiene una madre trabajadora después de un día como el que yo había tenido.

–Louis, ¿quieres que llame a los bomberos o qué?

Asintió. En momentos así quisiera saber qué cara está poniendo. Supongo que sonrío, supongo que sabe que a su madre está a punto de darle un infarto y él lo disfruta.

–Claro. Eso quisieras, enano del demonio. Salir en las noticias.

Volvió La Marcha de *Aída*. Y volví a ignorarla, porque no había modo de que contestara con todos

los vecinos de la calle pendientes de mi trasero subido en una escalera.

–¿Y si lo azuzamos con un palo? –dijo la viejita del Café–. Así bajé una vez un gato y no le pasó nada.

–¡Cómo se le ocurre, señora! ¡Es un niño! –salió en defensa de Louis el señor de la tienda.

–Yo decía.

Terminó La Marcha de *Aída* de nuevo. Y yo decidí, por lo menos, desatarme el chongo de las juntas. Busqué con la mirada a Oliver. No se le veía por ningún lado.

–¿Y tu hermano? –pregunté a Louis.

–No zé.

Se encogió de hombros. Si no fuera porque en la escuela y antes de dormir se quita la máscara y alcanzo a verle el rostro aunque sea de pasadita, dudaría seriamente si este niño es en verdad mi hijo, porque hay días en que ya ni me acuerdo cómo es su cara.

Pensé si Oliver no estaría aprovechando que todos los vecinos se encontraban fuera de sus casas para entrar furtivamente a alguna para desarmar el televisor, el estéreo o la computadora. Fue entonces que pensé con claridad por primera vez desde mi llegada, desde el justo momento en que estacionaba el auto y el señor Méndez me señaló a mi hijo sobre la jacaranda; porque sólo entonces me di cuenta de la magnitud de la catástrofe: no veía a Oliver por ningún lado... y no veía a mi madre tampoco. Ni su Volkswagen azul.

–Louis, ¿dónde está tu abuelita?

Volvió a encogerse de hombros. Me preocupé. Esa horrible costumbre mía de siempre imaginarme lo peor. Preferí preguntar, desde mi favorecida posición, a los vecinos.

–¿Alguno de ustedes ha visto a mi madre?

–Creo que no vino –dijo la viejita del Café.

–¿Y a Oliver no lo ha visto, señora?

–Tampoco.

Pensé que, a sus 59 años, fácilmente le habría podido pasar algo a mi madre. Más si consideramos que cuidar al par de demonios Marroquín por las tardes bien puede subirle el estrés, el azúcar y la presión a cualquiera.

–Señor Méndez, no sea malo, ¿podría buscar a mi hijo número uno mientras yo intento convencer al número dos de que quedarse a vivir en una jacaranda es una pésima, pésima idea? –pedí a mi vecino, recalcando la frase para que Louis escuchara y, en una de esas, entrara en razón.

Seamos honestos. Me preocupaba más, en ese momento, tener que comprarle una computadora nueva a alguien que la súbita regresión evolutiva de mi hijo pequeño. El señor Méndez entró al edificio donde vivimos.

Preferí sentarme por un momento. Los vecinos no colaboraban en lo absoluto y Louis daba trazas de que terminaríamos llevándole la merienda hasta donde se encontraba. Si Oliver hubiera estado a la vista, al menos le habría pedido que me trajera mis pantuflas y un buen libro.

–Yo digo que si le picamos las costillas tantito...

Miré de nuevo a Louis, que columpiaba las piernas. No se le veía preocupado ni nada. Todo el alboroto lo estábamos haciendo los adultos. Siempre era lo mismo.

–Dime una cosa, Louis. ¿Por qué un niño de seis años se sube a lo alto de todo lo que encuentra? ¿Tienes complejo de astronauta o qué?

Siguió columpiando las piernas. Hubiera podido jurar que sonreía.

–Te estás riendo, enano. Sé que te ríes debajo de esa máscara.

Todo es culpa de Fletcher, lo sé. Estoy segura de que, de niño, era una calamidad elevada al cubo. Por eso estos dos hijos míos son como son, porque su padre, eso seguro, debe haber sido un loco deschavetado desde que nació. Desde la cuna o desde el kindergarten, como que lo estoy viendo, hacía diario alguna chifladura. Si ya bastante suelto de un tornillo era cuando creció, no me lo puedo imaginar de niño. Claro que eso ya no tiene remedio. Contra los genes no hay defensa.

–¿No tienes frío, Louis? ¿Hambre? ¿Ganas de hacer pipí?

Empecé a sentirme muy cansada. Valoré si vendría pedirle a la viejita que me acercara un café y una dona a la escalera. Entonces volvió el señor Méndez con Oliver del brazo. Lo que me temía: llevaba el motor de algo en una mano y un cuchillo de punta roma en la otra.

–¡Oliver! –grité–. ¿Qué hiciste?

–Estaba en su misma casa, señora –dijo el señor Méndez–. Lo encontré con las manos sobre la licuadora.

Menos mal. Una licuadora y, más siendo nuestra, vaya y pase.

–¡Enanos! ¡Ustedes me van a matar! –dije cubriéndome el rostro.

–Yo la compongo –se defendió Oliver.

–Sí, claro. Como el despertador que “arreglaste” el domingo.

–Por cierto Má, qué crees. Llevaron a la escuela un cara de niño y yo lo acaricié y no me dio miedo.

–Doña Anita, tráigame por favor un café bien cargado y una dona –pedí, por fin, a la viejita, todavía con el rostro cubierto.

–¿Puedo pedir una dona yo? –dijo Oliver.

La viejita sacó su libretita y apuntó, mientras repetía:

–Dos donas y un café cargado. ¿Nada más?

Me descubrí el rostro. Miré a los vecinos.

–¿Alguien quiere algo? ¿Un cafecito? ¿Una baguette? ¿Un chocolate? –pregunté, ya verdaderamente harta.

Todos negaron y se empezó a deshacer el corrillo. Algunos me desearon suerte y volvieron a sus negocios y a sus casas. La tarde se esfumaba y comenzaba a sentirse frío. El ánimo se me estaba apachurrando en serio.

–Qué pena con usted, señor Méndez. Su árbol.

Su escalera... acépteme un café, ande –supliqué a mi vecino.

–No, señora. No se fije. A'i nomás le encargo la escalera.

Y también entró en su casa, para dejarnos a mi hijo y a mí solos en la calle, bajo un árbol con otro hijo mío entre las ramas. Pensé en lo de las pantuflas y el libro pero recordé algo más importante.

–Oliver, ¿dónde está tu abuelita?

–No sé, Má. Nunca fue por nosotros a la escuela. Nos vinimos aquél y yo solos pidiendo aventón.

–Dime la verdad, condenado.

–Es la verdad, Má.

Imaginé a mi madre tirada en el suelo de su casa, infartada desde las diez de la mañana, arrastrándose para alcanzar el teléfono, la lenta agonía. Ya ni le pregunté a Oliver qué habían comido ni si habían hecho su tarea. Una licuadora descompuesta y la aventura del árbol ahora me parecían poca cosa.

Y entonces, La Marcha de *Aída*, otra vez.

Saqué el celular de mi bolso al instante. En la pantalla, el número de la casa de mi mamá. Contesté en seguida.

–¡Mamá! ¿Estás bien?

–¡Billie! ¡Ni te imaginas! –gritó del otro lado de la línea.

Si no había sido ella, entonces tendría que haber sido...

–¡Qué! ¡No me digas que papá...!

–¡Sí! –exclamó.

Supuse que algún día tenía que ocurrir. Diecinueve años en coma. Diecinueve años de vida vegetativa. Diecinueve años ocupando una misma cama, una misma habitación, una misma postura. Diecinueve años de esperanzas fallidas. Diecinueve años de tenerlo y no tenerlo. Pensé que me ganaría la tristeza. Lo vi bailando ridículamente "Misty" aquella última tarde de mayo de 1981, aquella última tarde que lo vi de pie y entero. Pensé que me ganaría el sentimiento, que se me saldrían las lágrimas. Me pregunté si lo extrañaría. Si la vida sería la misma sin él, sin su callado cuerpo omnipresente en la casa de mis padres. Diecinueve años.

-¡Cuánto lo siento, mamá! -dije con la voz apagada.

-No, Billie, no entiendes. ¡Tu papá... despertó!

El café y la dona llegaron. Y cuando Louis se descolgó de la rama para arrebatarme la dona, yo todavía seguía con la boca abierta.

Trumpet blues

Tení yo trece años, lo recuerdo bien. Era un viernes. Un viernes gris por todos lados, porque estaba esperando que dejara de llover y esperando también una llamada de un niño que me gustaba del segundo grado de la secundaria. Mi papá recién había llegado de su despacho, sonriente y canturreando. Siempre estaba contento; hasta para regañarnos a Sarah y a mí, tenía que estarse riendo. Mi mamá prefería librarlo de tal responsabilidad porque sentía que no lo tomábamos en serio dado que siempre le ganaba la risa para todo. Era un hombre feliz, eso hay que decirlo.

El teléfono no sonaba y la lluvia no amainaba. Mi compañero de la escuela se llamaba Gerardo, y tenía unos lindos ojos verdes. Me había dicho en el receso de ese día que me llamaría para ponernos de acuerdo con un trabajo de equipo. Y yo albergaba la esperanza de que la llamada nos llevara a otras cosas, a una cita para ir al cine, por ejemplo. Mi humor estaba, por tanto, tan gris como todo lo demás, porque las horas pasaban y el silencio del teléfono era tan punzante que casi dolía.

Y llegó mi papá de la calle canturreando, chorreando lluvia, haciendo la voz rasposa de Louis Armstrong.

—Stars shining bright above you... Night breezes seem to whisper I love you...

Me tomó de los brazos y se puso a bailar conmigo ridículamente.

—Ya, papá...

—Ya qué.

—Es que estoy esperando que me llame un amigo.

—¿Lo conozco? ¿Es de buena familia? ¿Cuáles son sus intenciones contigo?

—Ya, papá...

Siguió bailando conmigo, muy a mi pesar, porque el teléfono no sonaba y la lluvia no amainaba. No había modo de escurrirme de sus brazos. No me acuerdo dónde andaba Sarah, siempre fue mucho más libre e independiente que yo. Seguro que estaba en algún campamento o alguna fiesta. Mi mamá tampoco estaba en casa.

Y el teléfono no sonaba.

Para mi padre, el viernes por la tarde era el mejor momento de toda la semana. Era cuando podía dedicarse por entero a sus dos amores: los libros y el jazz. Llegaba más o menos después de las seis de la tarde, se echaba un chorrito de whisky en un vaso sin hielos y ponía algún LP en el tornamesa, no sin antes limpiarlo con una franelita. Sonaban las trompetas y los saxos, y él tomaba un libro de alguno de los estantes. Se ponía a leer hasta quedarse dormido. El mundo podía caerse los viernes, podíamos tener invitados a cenar, una película a todo volumen, riñas de mujeres... y mi padre le era fiel a su ritual religiosamente.

En ese entonces yo, adolescente llena de angustias inventadas, lo envidiaba en secreto. Había sabido mantener con éxito un despacho de contadores públicos y un estilo de vida en el que no cabían las preocupaciones. Se había sabido ajustar a un molde en el que la felicidad parecía increíblemente fácil, de detalles simples y por completo asequibles. Una casa, una familia, libros, jazz. Siempre había creído que mi padre había llegado a la cumbre de la autosatisfacción. Y que, además, lo sabía.

En cambio yo, jefa de grupo desde el primer grado, con constantes calificaciones altas y conducta siempre impecable, no fea pero tampoco deslumbrantemente bonita, me hallaba en un momento de la vida en el que todo me parecía insulso. Una fase en la que me sorprendía a cada rato envidiándolos a todos. A

mi padre, por ejemplo. O a Sarah, con una boleta llena de setes y una vida llena de experiencias ricas. O a mi mamá, tan metida en su plácida cotidianidad de flores de migajón y compras por catálogo. Me encontraba en una etapa de mi vida en la que hubiera cambiado fácilmente mis buenas calificaciones y las ofertas de becas que me esperaban en dos prestigiosas preparatorias de la ciudad... por la llamada de un tal Gerardo.

Y el teléfono no sonaba.

–Ya, papá. Te pongo tu disco, anda.

–*Birds singin' in the sycamore trees...*

–Te sirvo tu chorrito de whisky.

–*Dream a little dream of me...*

Dejé a los niños en casa con la amenaza pendiente sobre sus cabezas de que, si no los encontraba dormidos cuando volviera, me iban verdaderamente a conocer enojada. Subí al auto y me enfilé hacia la colonia Narvarte, sin dona ni café y sin acordarme de nada de lo que había pasado en el día. Diecinueve años. Diecinueve largos, largos años.

Me zafé de sus brazos. Recuerdo que saqué la jarrita en la que ponía el whisky, y volqué un chorrito en un vaso de cristal. Luego, fui al mueble de sus discos y cassettes. Cientos y cientos de álbumes con un solo tema en común: el jazz.

–¿Cuál te pongo, papá?

–Sorpréndeme.

En realidad tanto a mamá, como a Sarah y a mí, el jazz siempre nos daba lo mismo. Aunque, curio-

samente, no teníamos problemas para identificar a un músico de otro. Tomé el de Ella Fitzgerald en Berlín. Lo extraje de la funda, le quité el plástico, le pasé la franelita. Seguía lloviendo pero toda esa operación del acetato ya era una ocupación, y así me era más fácil olvidar que todos tenían una mejor vida que la mía.

–Excelente elección –dijo mi padre.

Se dice fácil, pero diecinueve años de estar al pendiente de una persona estática, bañarla, procurarla en todas sus necesidades (las agradables y las desagradables), flexionarle las piernas, los brazos, hablarle, cambiarla de posición... es toda una proeza. Una proeza de esperanza, sobre todo porque el desánimo debe hincar el diente todas las horas de todos los días de todos los años. No pude evitar recordar aquella reunión de madre e hijas en la que decidimos que, al cumplir los veinte años, lo desconectaríamos por fin. Y justo unos meses antes...

Tomó un libro gordo de los que le mandaban mensualmente del club de lectores al que estaba suscrita. Se recostó en su sillón favorito. Inició el concierto. Dio una probada a su líquido ambarino. Me mandó un beso. Y sonó el teléfono.

Corrí al aparato con el corazón en la garganta. Hablando de proezas de esperanza, una adolescente también sabe mucho de eso. Imaginarse a sí misma sentada en un cine, al lado de un tal Gerardo, chico guapo y con el que no ha sostenido nunca una conversación de más de tres frases seguidas, también puede ser una proeza similar.

No era Gerardo (a quien, digámoslo de una vez, se le olvidó hacer la llamada. Tuve que esperar hasta el jueves siguiente, día en que mi madre decidió que dejáramos de hacer guardias en el hospital y volviéramos a la escuela, para enterarme y hacer mi entripado a solas en el baño de las niñas). Era del despacho de mi papá. Hasta mi padre, el hombre de la poltrona, el jazz y los libros, tenía mejor vida que yo un viernes por la tarde.

—¡Papá! ¡Te buscan de tu oficina!

Acudió el contador Luna al teléfono.

—¡No te tardes porque ya ves que van a hablarme, papá!

—No, Billie. No me tardo.

Justo es decir que lo extrañé. Y mucho, en ciertos momentos de mi vida. Con mi primer novio, por ejemplo. O cuando me becaron de la *Ecole Supérieure d'Informatique* en París para estudiar ingeniería. O cuando me casé. O cuando puse mi empresa. Pero también es justo decir que cada día le hablaba menos y lo visitaba menos. Se volvió un fantasma, un mueble, un ornamento. Hasta con mi madre perdí el contacto. Para ser honestos, si no fuera porque ella me cuida a los niños por las tardes, creo que mediarían meses entre cada una de mis visitas a esa casa en la calle de Petén. Y de pronto, suena el teléfono una tarde cualquiera, y te cambia para siempre la vida.

En su rostro se reflejó una ligera, muy ligera, consternación.

–¿Qué pasó, papá? –le pregunté cuando colgó.

–Nada, Billie, que voy a tener que llevar unos papeles al despacho que me traje por error.

Le estropeaban su viernes. Estaba lloviendo a cántaros. Y él, no obstante...

–I'm as helpless as a kitten on a tree... –dijo, copiando la entonación de "Misty" que hacía Ella Fitzgerald.

Volvió a bailar ridículamente y me tomó en sus brazos.

–¿Quieres acompañarme? –me preguntó.

Tenía su despacho en Mixcoac, relativamente cerca de la casa (aunque tal vez sea más correcto decir que aún lo tiene, porque sus socios y empleados siguen trabajando ahí. Y le siguen dando a mi madre su parte proporcional por las ganancias de lo que se ha convertido, con los años, en un muy próspero negocio). A lo mejor se me hubiera compuesto el viernes, una tarde con papá, tacos en algún puesto callejero, qué sé yo. A lo mejor.

Me pregunté, en un semáforo en rojo, si no habría sido buena idea llevar a los niños conmigo, que conocieran a su abuelito, al que sólo identificaban como un hombre viejo durmiendo eternamente en una región apartada de la casa en la Narvarte. Pero las palabras de mi madre al teléfono me causaron sospecha. "Esa es la buena noticia", dijo. "¿De qué hablas? ¿Entonces cuál es la mala?", le pregunté ansiosa. "Bueno... no sé si se puede decir que sea mala...", agregó. "¡Mamá! ¡Dime de qué se trata, por favor!". "Mejor que tú misma lo veas", concluyó antes de colgar.

Diecinueve años. Me convencí de que mi padre había despertado pero algo muy grave estaba manchando el panorama. Tal vez había perdido el habla, o la razón, o los sentidos. O quizá sólo había abierto los ojos pero sin dar rasgos de conciencia. Mientras conducía lo más rápido que podía dentro de los límites legales supuse que mi mamá se había adelantado al dar la noticia. Ya en otras ocasiones mi padre se había movido o incluso había dejado escapar un par de sonidos de su boca sin que esto significara nada, actos reflejos seguramente.

Debía ser que mi mamá veía aproximarse la funesta fecha de los veinte años, día en que dejaríamos ir a papá para siempre y a ella le devolveríamos su libertad. Pensé que probablemente estaría actuando esta posible resurrección de su marido para obligarnos a postergar la fecha del adiós definitivo. Sentí un poco de lástima por ella. Si en realidad estuviera montando el teatrillo por miedo a la despedida, no sería problema hablar con Sarah y convenir en añadir más años al coma del contador Luna. Total, para lo que vendrían a ser dos o tres más si ya habían pasado diecinueve.

Me puso las manos sobre los hombros. Me miró sonriente.

—¿Y bien, Billie? ¿Me acompañas?

Se llamaba Gerardo. Ni me acuerdo de sus apellidos. Tenía los ojos verdes. Era un pesado, un engrredido, un cretino de campeonato. Pero a lo mejor me salvó la vida.

–No, papá. Es que ya ves que estoy esperando una llamada.

–Está bien. Pero espero que sus intenciones sean serias...

Me dio un beso. Salió a la lluvia. El teléfono nunca sonó de nuevo. Nos dio la noticia un policía con gabardina que llamó a la puerta de la casa, como a las tres de la mañana.

Lo que siguió fueron las inagotables lágrimas de mi madre. Y diecinueve años de una esperanza enorme, enorme, enorme. Enorme como una proeza.